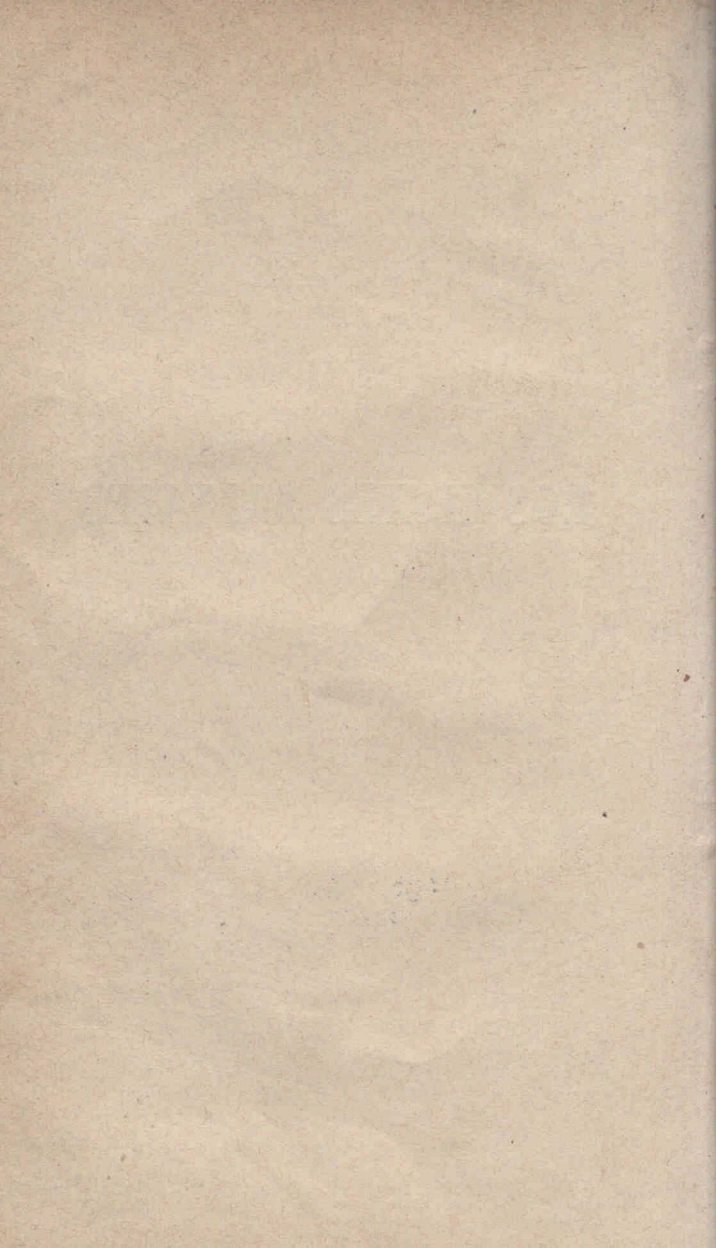




LOS CISNES SALVAJES



20.217

BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS

LOS CISNES SALVAJES

BAJO EL SAUCE. — LA MARGARITA

POR

ANDERSEN

(39)

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE GARCÍA RAMÓN

Ilustraciones de YAN'DARGENT

NUEVA EDICIÓN



PARÍS

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6



ANDERSEN



LOS CISNES SALVAJES



I

Léjos de nuestros países, allí do vuelan las golondrinas cuando estamos en invierno, vivia un rey que tenía once hijos y una hija llamada Elisa. Los once hermanos eran príncipes por lo tanto; hasta cuando iban á la escuela, llevaban en el pecho una chapa de brillantes y la espada al costado. En la escuela, en vez de tener pizarras, poseian tablillas de oro puro en las

que escribían con lápices de punta de diamante. Aprendían muy bien las lecciones de memoria y leían muy bien en voz alta; el maestro podía proclamarlos genios en ciernes sin que tuviese que sufrir su conciencia. Su hermana Elisa no iba á la escuela; se quedaba en palacio, generalmente sentada en un banquito de cristal de roca y mirando las láminas que de ex profeso para ella habían dibujado los primeros artistas del reino, y cuyo valor habría bastado para comprar un magnífico palacio y toda una rica posesion con prados y bosques.

Los niños estaban pues muy mimados, pero desgraciadamente no podía durar siempre. El rey, su padre, contrajo segundas nupcias con una princesa muy hermosa, pero de un carácter diabólico. Aborreció á los pobres niños, y desde el primer día pudieron darse cuenta de ello.

Miéntas que todo era algazara y júbilo en palacio á causa de la boda, los niños jugaban al juego de la visita y de la merienda. Antes, les daban para esto todos los pasteles, dulces y frutas que en la mesa habían quedado; pero, esta vez, su madrastra les presentó un plato lleno de arena. « Puesto que no es más que un juego, dijo, podréis imaginar que esta arena representa todo género de golosinas. »

Á la semana siguiente envió á la princesa á casa de unos pobres campesinos para que allí viviese. En cuanto

á los príncipes, contó al rey tanta calumnia sobre ellos, que este los consideró como malos chicos, no se ocupó de ellos y no quiso siquiera verlos.

Entónces la malévola reina que habia aprendido la magia, les echó un sortilegio y dijo, haciendo todos los signos requeridos : « Volad léjos de aquí. buscaos el sustento, convertios en grandes pájaros sin voz. »

Pero, no pudo hacerles tanto daño como habria querido ; se trasformaron en magníficos cisnes salvajes. Lanzaron un grito singular y saliendo por las ventanas del palacio, pasaron por encima del parque y llegaron al campo.

Era el alba cuando pasaron por encima de la cabaña del aldeano que habitaba su hermana Elisa. Esta dormia profundamente en aquel momento, y por más que se cernieron algun tiempo sobre la choza, batiendo ruidosamente las alas para despertarla, no lo consiguieron. Bajo la influencia del sortilegio tuvieron que alejarse ; se elevaron hasta las nubes y volaron léjos, muy léjos, hasta una gran selva sombría que lindaba con la playa del Océano.

Elisita se despertó y salió delante de la choza para recoger flores y hojas ; eran ahora sus únicos juguetes. Agujereó una hoja verde con una espina y se puso á mirar el sol por el diminuto agujero ;

creyó ver los grandes ojos claros y brillantes de sus hermanos ; cada vez que la brisa acariciaba sus me-



jillas, se acordaba de los besos que sus hermanos le daban.

Su recuerdo la ocupaba en la monótona uniformi-

dad de sus días. Crecía y llegó á ser una encantadora criatura. Cuando el viento pasaba por encima de las vistosas rosas del jardín cercano, murmuraba : « ¿ hay en el mundo Nada más hermoso que vosotras ? »

— Elisa es más hermosa, » respondían las rosas meneándose en sus tallos.

El domingo, la buena aldeana que la guardaba leía delante de su puerta su libro de horas ; el viento volvía las hojas, diciendo : « Seguramente, nada puede tener más piedad que vosotras.

— Elisa es más piadosa todavía, » respondía el libro.

Y lo que las rosas y el libro decían era la pura verdad.

Cuando la princesa tuvo quince años, la volvieron á llevar á palacio, y al ver su madrastra cuán resplandeciente era su belleza, su odio contra la pobre jóven se volvió furioso. Al momento habria querido metamorfosearla en cisne como á sus hermanos, pero no se atrevió, pues el rey habia dicho que tendria gusto en ver á su hija.

Al amanecer, la malévola reina fué á la sala del baño, construida en mármol color de rosa y rodeada de blandos almohadones y preciosas alfombras ; llevaba en los brazos tres horribles sapos. Los besó y dijo al primero : « Te pondrás encima de la cabeza de Elisa cuando venga á bañarse á fin de que se

vuelva estúpida como tú. » Al segundo le ordenó que saltase al rostro de la jóven, para que se pusiese horrible como él y que su padre no pudiese reconocerla. « Tú, dijo al tercero, te colocarás sobre su corazón para que sus pensamientos se tornen malos y



trate de hacer daño; pero como será tonta, no podrá y esto redundará en perjuicio suyo. »

Luego, tiró á los animales en el agua límpida que tomó al instante un tono verdoso. Fué á buscar á Elisa y la ordenó que se bañase. La princesa obedeció y los sapos hicieron lo que se les habia mandado; cuando la jóven zambulló en el agua, uno se metió en sus cabellos, otro se posó sobre su frente y el último encima de su seno. Pero, no pareció notar su contacto

y cuando sacó la cabeza del agua, tenía en ella tres encendidas amapolas. Si los animales no hubieran sido venenosos y no hubiesen recibido un beso de la mágica habrían sido metamorfoseados en magníficas rosas. Pero, debían á la fuerza volverse flores puesto que habían tocado á la princesa y esta era demasiado piadosa, demasiado inocente para que la magia tuviese poder sobre ella.

Cuando la malévola reina vió esto restregó á Elisa con el jugo de corteza verde de nuez hasta que su cutis se hubo puesto casi negro, la barnizó el rostro con una pomada que encogía las facciones y la puso en desórden sus hermosos cabellos. La encantadora princesa tenía así el aspecto de una fregona.

La madrastra la llevó en este estado al lado del rey que quedó horrorizado y declaró que no podía ser aquella su hija. Nadie la reconoció en palacio excepto un perro de guardia y algunas golondrinas, cuyos nidos suspendidos entre las columnas de palacio, había impedido ella que se destruyesen cuando era pequeña. Pero, eran pobres animales que no tenían vela en aquel entierro.

Cuando su padre la hubo renegado, la desgraciada Elisa comenzó á sollozar. No tenía más esperanza que en sus hermanos que, según la habían dicho, habían partido sin que nadie supiese adónde. Llena de angustiosa aflicción huyó de palacio y, andando

todo el dia á traves de campos y prados, llegó por la tarde delante de una inmensa selva. Habia caminado á la ventura diciéndose que, adelantando siempre, acabaria por dar con sus hermanos que sin duda alguna recorrian tambien el mundo.

No tardó en llegar la noche y Elisa anduvo aun un poco, pero cuando se perdió toda huella de camino se extendió en una alfombra de musgo, rezó sus oraciones, colocó su cabeza sobre el tronco de un árbol y se durmió. El silencio era completo y suave la brisa; en las yerbas y en los matorrales brillaban con verdusco fulgor centenares de gusanillos de luz.

Toda la noche soñó con sus hermanos; los vió, como en un tiempo pequeñitos; despues de haber jugado con ella la acompañaron para ver sus magníficas láminas que tanto dinero habian costado. Tambien escribieron en sus tablillas de oro, no palotes como cuando iban á la escuela sino la relacion de todo cuanto habian visto y de sus propias hazañas. En el libro de láminas todas las figuras se animaron; los hombres y los animales que habia pintados en las hojas salieron de ellas y cantaron y bailaron con gran contento de Elisa y de sus hermanos; cuando se volvía la hoja, saltaban apresuradamente para no perder su sitio y volver á colocarse en la lámina.

Cuando Elisa se despertó el sol estaba ya muy alto, pero no podia verlo, pues las tupidas ramas de

Los árboles formaban un dosel sobre su cabeza; empe-



ro, los rayos del sol daban á las hojas como un reflejo

de oro mate ; puro era el aire que embalsamaban las selváticas emanaciones. El canto de los pájaros resonaba por doquiera. Cuando callaban un momento, Elisa oía el dulce susurrar del agua de varios arroyos que se deslizaban hácia un lago.

Siguió el curso de uno de los arroyos y llegó á orillas del lago ; alrededor se alzaban sauces y juncos, excepto en un punto en que los ciervos habian abierto un boquete para poder beber. La princesa pasó por él y vió á sus piés un agua límpida y en el fondo la arena más fina. La superficie del lago era tersa como un espejo ; las ramas y las hojas se reflejaban en ella formando el paisaje más seductor que sea dable imaginar.

De pronto Elisa vió en las aguas del lago su propia imágen, y se asustó, tan negra y espantosa la vió. Con su delicada mano tomó entónces un poco de agua y se lavó el rostro ; en breve apareció, de nuevo, todo el brillo de su blanquísimo cútis. Se bañó luego, y cuando salió del agua y hubo peinado sus dorados cabellos volvió á ser una maravilla de hermosura.

Siguió andando por la selva, sin direccion fija ; pensaba que Dios no la abandonaria y la haria dar con sus hermanos. En efecto, Dios que hace nacer las piñas silvestres para los que tienen hambre, la hizo ver un árbol cuyas ramas se doblaban con el peso de la fruta.



Esta fué su comida. Siempre buena y compasiva, buscó algunas ramas muertas y apuntaló con ellas las ramas del árbol que amenazaban romperse, y siguió caminando. Llegó al punto más sombrío de la selva. El silencio era tan completo que oía claramente el crujido de la menor hoja seca sobre la que posaba el pié. No habia pájaro alguno. La luz del sol no penetraba al traves de las hojas que se enlazaban con inextricable confusion. Los grandes árboles estaban tan apiñados que, desde léjos, parecian una verja.

Hasta este momento, el deseo ardiente de hallar á sus hermanos habia sostenido el valor de Elisa; pero aquella oscuridad, aquella triste soledad la asustaron. Llegó la noche y no habia el menor gusanillo de luz. Se extendió por el suelo desconsolada, para dormir. En su sueño, creyó que el Omnipotente entreabria el follaje que la ocultaba el cielo, que la miraba con infinita bondad y que los angelitos se mecian á su alrededor y la sonreian amistosamente.

Este sueño la reanimó tanto, que al despertarse al otro dia no sabía si no habia sido aquello una aparicion real y efectiva.

Continuó su camino; al cabo de algun tiempo halló al fin á un sér humano, una anciana que llevaba un cesto de murtones de los que la ofreció. Elisa aceptó y preguntó á la buena mujer si no ha-

bia visto nunca en la selva á once príncipes todos de igual hermosura.

« No, respondió la anciana, pero vi ayer once cisnes con coronas de oro en la cabeza que bajaban á nado el rio que aquí cerca corre. »

Y acompañó á Elisa hasta un raso en cuesta, á



cuyo pié se deslizaba un riachuelo; los sauces y los alisos que cubrían las dos orillas se unían y formaban el emparrado más agradable.

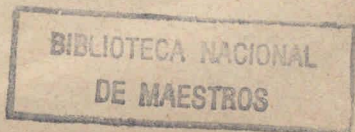
Elisa se despidió de la anciana y siguió el riachuelo hasta la playa en que desaguaba en la mar. La mensidad del Océano se extendía tan léjos cuanto

abarcaba la vista; pero no se veía ni una barca ni una vela. ¿Cómo ir más allá?

Una cantidad innumerable de chinias alisadas y redondeadas por las ondas cubrían la arena de la playa. Todo lo que allí se veía, el hierro, el cristal, las cosas más duras, habían sido pulidas, modeladas por el agua que era empero más suave que las delicadas manos de la jóven. « Comprendo la enseñanza que esto nos da, se dijo. El esfuerzo infatigable consigue vencerlo todo; no hay dureza que no se ablande con el tiempo. Haré como las olas, buscaré sin descanso, y al fin, me lo dice el corazón, acabaré por encontrar á mis hermanos. »

De repente, entre las yerbas marinas, distinguió plumas de cisne; había once; las reunió y formó un ramillete; las gotas de rocío que en ellas brillaban. ¿eran agua ó eran lágrimas?

No veía en toda la playa ningún sér viviente, pero no experimentaba el sentimiento de la soledad, tan bruscos y pañosos son los cambios que presenta el mar. Cubrióse el cielo y ennegrecióse el mar, el viento sopló con violencia y las olas se coronaron de espuma. Á la puesta solar, las nubes tomaron un tono purpúreo y cesó la tempestad; la inmensa sabana de agua parecía una gigantesca mole de mármol rosa, luego se puso como una esmeralda. No había ya la más ligera brisa, pero la masa de agua seguía



elevándose y descendiendo como el seno de un niño dormido.

Elisa habia permanecido extática delante de este espectáculo. Héte que en el momento en que el sol iba á desaparecer vió volar por los aires, hácia tierra, once cisnes con coronas de oro en la cabeza ; iban en fila y se podian tomar por una ondeante cinta blanca. Elisa se retiró detras de la maleza. Los cisnes tomaron tierra muy cerca de ella y agitaron ruidosamente sus alas en señal de contento.

Tan luego hubo desaparecido el sol, cayeron todas las plumas al suelo, y Elisa vió once hermosos príncipes, sus hermanos queridos. Dió un grito ; sentia que debian ser sus hermanos por más que hubiesen crecido y cambiado mucho desde que no los veia. Se lanzó hácia ellos y los abrazó, nombrando á cada uno por su nombre. Ellos reconocieron á su adorada hermanita. ¡ Qué alegría, qué de besos ! Lloraban y reian al mismo tiempo. Luego que ella les hubo contado cómo habia llegado hasta allí, ellos la explicaron en lo que consistia el encanto á que su pérfida madrastra los habia sometido.

« Todos nosotros, dijo el mayor, tenemos la forma de cisnes salvajes miéntras el sol fulgura en el horizonte ; tan luego se pone, volvemos á ser hombres. Por esto debemos tener mucho cuidado de hallarnos en tierra cuandos el sol desaparece, pues

si estuviésemos volando en las nubes seríamos precipitados abajo.

» No es aquí donde habitamos, sino en un magnífico país allende el mar. La travesía es muy larga, y exige dos días enteros de vuelo rápido. En el camino no hay ni una isla para pasar la noche; pero, á la mitad, se alza un arrecife aislado que sobresale de las ondas, y es bastante grande para que podamos posarnos encima, muy apretados unos contra otros. Si las olas están agitadas nos rocían de espuma. Sin embargo, damos gracias á Dios por haber dejado subsistir esa roca, pues sin ella no podríamos volver á ver nuestra patria; aun para esto, tenemos que escoger los días más largos del año para efectuar la travesía.

» Así es que no podemos venir aquí más que una vez al año, y solo por once días. Pasamos por encima de la gran selva que has atravesado, vamos á contemplar desde léjos el palacio en que hemos nacido, en el que vive nuestro padre, y la torre de la catedral en que nuestra madre reposa.

» Los árboles y las flores no valen los de la comarca que habitamos, pero es una alegría para nosotros volverlos á ver; oímos con placer á los carboneros cantar en la selva las antiguas canciones que nos hacían bailar cuando éramos niños; seguimos con la vista á los potros que corren

por los prados como nosotros en nuestra infancia.

» En fin, es nuestra amada patria; y además, esto nos atraía más que nada, sólo aquí teníamos probabilidad de encontrarte, hermanita.

» Hace diez días que hemos llegado y sólo uno



nos queda ántes de nuestra partida. ¿ Cómo llevarte en union nuestra? No tenemos buque, ni lancha.

— Y yo, dijo Elisa ¿ cómo podria libertaros del encanto que sobre vosotros pesa? »

Hablaron hasta muy entrada la noche; al fin, rendida de cansancio, Elisa se durmió á su pesar. El

ruido de las alas la despertó; sus hermanos eran de nuevo cisnes; se elevaron, se cernieron en círculo y al cabo desaparecieron. Pero se quedó uno, el más jóven, que posó su cabeza sobre el regazo de su hermana, y esta le acarició las alas; aunque estaba privado de la palabra se comprendieron perfectamente todo el dia. Por la tarde, los otros volvieron y desde el crepúsculo recobraron la forma humana.

« Mañana tenemos que marcharnos, dijo el hermano mayor y no podemos volver ántes de un año. Pero no queremos abandonarte aquí. ¿Tendrás el valor de venir con nosotros? En este momento en que soy hombre, yo solo te llevaria en mis brazos al traves de la selva, tan delicada y ligera eres. Así pues, entre todos, cuando seamos cisnes, sabremos alzarte á fuerza de alas y hacerte cruzar el mar.

— ¡ Qué felicidad! dijo Elisa. Os seguiré á todas partes. »

Y pasaron toda la noche tejiendo una grande y sólida hamaca, con mimbres y juncos. Elisa se instaló en ella y al levantarse el sol, cuando sus hermanos se hubieron de nuevo convertido en cisnes, cogieron con sus picos la hamaca y se elevaron hasta cerca de las nubes llevándose á su querida hermana que dormia todavía. Para que los rayos del sol no la diesen en los ojos, uno de los cisnes voló y se mantuvo encima de su cabeza, guareciendo con sus alas

el rostro de su hermana. Cuando uno de los que sostenian la hamaca estaba cansado, era reemplazado por otro.

Estaban muy lejos de la tierra firme cuando se despertó Elisa; en el primer momento se creyó que seguia soñando al verse blandamente mecida en los aires. Á su lado tenia una rama de árbol cubierta de sabrosos frutos y un manojó de raíces nutritivas. El más jóven de los hermanos las habia cogido pensando que Elisa tendria hambre en el camino; tambien era él el que volaba encima de su cabeza para guarecerla del sol con sus alas. Lo reconoció, par más que todos fuesen parecidos y le sonrió con tierno agradecimiento.

Estaban tan altos en los aires que los mayores buques les parecian gaviotas cerniéndose sobre las olas. Hubo un momento en que una nube compacta se puso detras de ellos como una montaña; Elisa vió reflejarse en ella su sombra y la de sus hermanos con proporciones gigantescas, y este espectáculo la distrajo mucho. Però una bocanada de aire disipó la nube y el cuadro.

Los cisnes no pararon de volar en todo el día; sus alas hacian el ruido de una nube de flechas silbando al cortar el aire; empero, como llevaban á su hermana, no iban tan de prisa como de costumbre. Se cubria el tiempo y llegaba la noche. Elisa veia con

inquietud bajar el sol á su ocaso, y el arrecife solitario en el que debian pasar la noche no se divisaba todavía.

La pareció que los cisnes aumentaban los movimientos de sus alas. « ¡ Ay! se dijo, yo tengo la culpa de su retraso. Si el sol se oculta ántes de que hayamos llegado á la roca, van á caer en el mar y á perecer miserablemente. » Y desde el fondo del alma elevó una ardiente oracion al Dios misericordioso. Pero la peña salvadora seguia invisible. Detras de ellos habia estallado una tempestad que se aproximaba; las nubes formaban una enorme masa negra en parte y en parte de un gris sucio, como plomo derretido, de la que salian luminosos relámpagos.

El sol habia llegado al nivel de las aguas. Elisa sintió su corazon conmovido por la angustia. Héte que los cisnes comenzaron á bajar tan rápidamente hácia el mar que se creyó precipitada. Luego, se cernieron un momento, y al fin vió el arrecife que no parecia mayor que la cabeza de una foca saliendo del agua. El sol seguia descendiendo; no se veia ya más que una partícula grande como una estrella; en este momento Elisa sintió su pié tocar á tierra. Los últimos resplandores del sol se apagaron como desaparecen las pavesas de un papel consumido por el fuego.

Volvió á ver á sus hermanos con forma humana,

todos apretados á su alrededor sobre la estrecha roca en donde habia exactamente lugar para ellos. Las olas se estrellaban con violencia contra el arrecife y se alzaban en gotas que pasaban sobre sus cabezas.

La tempestad los habia alcanzado ; enrojecidas é inflamadas estaban las nubes ; el fragor del trueno dominaba el ruido furioso del oleaje. Elisa y sus hermanos se mantenian dándose las manos y cantaban salmos invocando el socorro de Dios contra el furor de los elementos.

Al amanecer la tempestad se calmó ; el aire era fresco y puro. Tan luego lució el sol, los príncipes, cambiados en cisnes, se elevaron llevando á Elisa como la vispera. El mar seguia agitado á pesar de haberse echado el viento, y vista desde arriba, la espuma blanca que lo cubria producía el efecto de centenares de cisnes que jugueteaban en las verdosas olas.

Cuando el sol se hubo levantado, Elisa distinguió delante de sí un vasto país montañoso ; masas brillantes de hielo cubrian las rocas sobre las que se alzaba un palacio inmenso, cuya fachada media una legua y se componia de una serie de arcadas y columnas superpuestas con el mayor atrevimiento. Alrededor brotaban bosquecillos de palmeras y flores que tenian la dimension de una rueda de molino.

La princesa creyó que era aquel el país al que se dirigian y manifestó en alta voz la más viva alegría. Pero los cisnes menearon la cabeza negativamente. En efecto, no era aquello otra cosa sino la magnífica y siempre cambiante mansion de la hada Morgana, en la que ningun sér humano ha penetrado nunca. Miétras que Elisa la admiraba, de pronto, montañas, palacio y bosques cayeron y desaparecieron para ser reemplazados por veinte grandes catedrales, parecidas todas entre sí; sus torres se elevaban hasta el nivel más alto de las nubes. Elisa creyó oír resonar el órgano; pero era el ruido de las olas que habian recobrado su movimiento regular. Se habria dicho que álguien habia hecho desvanecer los soberbios edificios con un soplo. Hubo otro cambio de decoracion; una inmensa flota, con toda la lona al viento, pareció adelantar para desaparecer á su vez.

Así, distraida de continuo por estos sorprendentes espectáculos, Elisa distinguió al fin el país al que iban.

Primero, verdes colinas cubiertas de cedros y otras esencias rodeaban los más fértiles valles, cuajados de ciudades y quintas; en el fondo, enhiestas montañas se destacaban sobre el purísimo azul del cielo.

Esta vez llegaron á tierra un poco ántes de la puesta solar; los cisnes colocaron á Elisa sobre una roca

cubierta de musgo, delante de una vasta caverna que adornaban plantas trepadoras. El interior estaba preparado para habitarlo; montones de hojas secas servían de lecho. Entraron en ella cuando los príncipes hubieron recobrado la forma humana.

« Vamos á ver lo que soñarás esta noche despues de las emociones del viaje, dijo á Elisa el más jóven de sus hermanos.. »

— Concédame el cielo, respondió ella, un sueño que me enseñe el modo de libertaros del sortilegio que pesa sobre vosotros. »

Esta idea la absorbió por completo, y suplicó con fe al Señor la ayúdase; dormida estaba ya y aun seguía orando. Le pareció que era arrebatada de nuevo por los cisnes y llegó al espléndido palacio de la hada Morgana. La hada le salió al encuentro; era hermosa y fulguraba con una juventud eterna; empero los rasgos de su fisonomía se parecían mucho á los de la anciana que le habia regalado murtones en la selva, y le habia hablado de los once cisnes con corona de oro.

Respondiendo al pensamiento de Elisa, la hada le dijo: « No es imposible libertar de su hechizo á tus hermanos. Pero ¿ tendrás el valor y la perseverancia que son indispensables? Dirás que el agua del mar es más suave que tus manos y que usa las piedras más duras. Pero no experimenta los dolores que su

trarán tus pobres dedos; no tiene un corazón para sentir las angustias y los pesares que tendrás que soportar.

» ¿ Ves esta ortiga que tengo en la mano? De la misma especie hay muchas al rededor de la caverna en que moras; solo esta especie y la que nace en los cementerios sobre las tumbas puede servirte, acuérdate bien. Tendrás que coger grandes cantidades; tus manos se cubrirán de picaduras y ampollas ardientes y dolorosas; si trituras fuertemente la planta con tus piés, obtendrás un sólido cáñamo; es preciso que tejas con él túnicas de manga ancha; cuando estén acabadas, las echarás sobre los cisnes y el encanto cesará al momento.

» Pero reflexiona bien que, desde el momento en que comiences esta obra hasta que esté terminada, no debes pronunciar una palabra, ni una sílaba, aunque pasen años enteros. De lo contrario, el primer sonido que saliese de tus labios heriria como un puñal á todos tus hermanos en el corazón. Su vida depende de tu silencio. Piensa bien en todo esto. »

Á estas palabras, el hada agitó la ortiga que tenía en la mano, y la planta brilló como una tea. El resplandor deslumbró á Elisa que se despertó. Hacía dia claro. Á su lado brotaba un pié de ortigas parecidas á las que viera en sueños. Se postró de hinojos dando gracias al Señor por haber escuchado su ple-

garia. Luego salió de la caverna para comenzar al momento su trabajo.

Encontró matas gigantescas de ortigas que arrancó con sus delicadas manos; creyó que tocaba fuego; sus manos y sus brazos se cubrieron de grandes ampollas; su piel ardía; pero soportaba el dolor con placer sabiendo que podría destruir el encanto que causaba la desgracia de sus hermanos. Después de haber arrancado las hojas, trituraba cada tallo de ortiga con sus piés descalzos que en breve se inflamaron también. Con los filamentos comenzó á tejer una túnica.

Cuando el sol se puso, sus hermanos volvieron; la preguntaron si no se había aburrido, qué había hecho y qué había visto. Á sus preguntas, ninguna contestación. El espanto los acometió; creyeron que, por un nuevo encanto de la malvada madrastra, Elisa había enmudecido. Pero cuando vieron sus manos y su trabajo, comprendieron lo que había emprendido para libertarlos de su encanto. El más jóven lloró besando aquellas manos lastimadas, y donde caían sus lágrimas, desaparecieron las ampollas y el dolor.

Elisa continuó su trabajo hasta muy entrada la noche; su ánimo no debía reposar hasta que hubiese terminado su tarea. Por la mañana, los cisnes volvieron á partir; estaba sola, pero en vez de aburrirse, nunca le había parecido más corto el tiempo. Una tú-

nica estaba acabada y habia comenzado la segunda.

Dé repente, una bocina resonó en las montañas, y el miedo embargó á Elisa; el sonido se acercaba cada vez más; oyó los ladridos de una jauría. Temblando de ansiedad, se refugió en la caverna, lió las ortigas que habia arrancado y rastrillado y se sentó encima.



Un momento despues, un perro enorme llegó á la apertura de la gruta y luego otros varios; ladraban con rabia, se fueron y luego regresaron con todos los cazadores; el más hermoso de todos era el rey del país.

Se acercó á Elisa; nunca habia visto jóven más graciosa y seductora. « ¿ Cómo has venido á esta soledad, ángel de hermosura ? » diio. Meneó ella

la cabeza pues no podia proferir una palabra ; se trataba de la vida de sus hermanos. Ocultó sus manos debajo de su delantal para que el rey no viese en qué lastimoso estado se hallaban.

« Ven con nosotros, dijo, no es este tu lugar. Si eres tan buena como encantadora, te haré dar trajes de seda y terciopelo y te pondré en las sienes una corona de oro. Serás la reina de este hermoso país y vivirás en el palacio á mi lado. »

La asió con dulzura y la colocó á la grupa de su caballo. Elisa lloraba, le miraba torciendo sus manos, suplicante ; pero el rey la dijo : « No quiero más que tu ventura ; un dia me darás las gracias. » Y montó á caballo y regresó con todo su numeroso séquito hácia su residencia.

Á la caída de la tarde les apareció la capital del reino con sus centenares de torres, cúpulas y templos. El rey entró en el patio de su vasto palacio ; bajó de caballo á la jóven y la condujo por salas de mármol que surtidores de agua mantenian frescas, y en cuyas paredes brillaban soberbios mosaicos. Elisa no miraba nada ; la riqueza de las habitaciones que la dieron, la dejó insensible ; seguia llorando y desconsolándose. Sin oponer resistencia se dejó vestir los trajes reales por las camaristas de honor ; perlas y diamantes brillaron en sus cabellos ; guantes finisimos cubrieron sus manos quemadas por las ortigas.

Cuando se presentó á la corte con este traje de lujo, pareció radiante como un astro; todo lo eclipsaba con su magnífica belleza. Todos se inclinaron ante su dulce majestad y el rey la declaró su prometida. Empero, el gran sacerdote meneaba la cabeza y murmuraba al oído del monarca que aquella hada habitante del bosque era seguramente una hechicera, que el fulgor de su hermosura era ilusion y falacia y que queria apoderarse del corazon del rey con un mal designio.

El rey no acogió estas sospechas y mandó que tocasen las bocinas y atabales. Se sentaron á la mesa; los manjares más finos y delicados se sirvieron en vajilla de oro y plata. Luego, encantadoras bailarinas ejecutaron graciosos pasos. Elisa no tomaba parte en nada; no se sonrió siquiera una vez; permanecia triste como la estatua del dolor. La llevaron por jardines espléndidos que despedian arrobadora fragancia y visitó nuevos salones mejor adornados aun que los otros. Sus ojos no se animaron al aspecto de tanta maravilla.

Entónces la condujeron al departamento en que debia morar; habia una deliciosa estancia algo sombría y que el rey habia hecho entapizar con tapices verdes para que se pareciese á la gruta; en el suelo se veia el lio de cáñamo de ortigas, y colgaba de la pared la túnica terminada ya. Uno de los cazadores

habia cogido todo aquello por curiosidad y para captarse la bondad de la futura soberana.

« Aquí, dijo el rey, puedes imaginar que habitas aun la caverna de donde vienes.

» Hé aquí el trabajo de que te ocupabas. Entre las magnificencias que te rodean, este recuerdo del tiempo pasado te será tal vez agradable. »

Á la vista de lo único que conmovia su corazón, Elisa sonrió y se iluminó su semblante; la sangre afuyó á sus mejillas que habia empalidecido la tristeza.

Agradecida, besó la mano al rey. La idea de que podria seguir trabajando en favor de sus hermanos la trasfiguraba; la admiracion de los asistentes aumentó; el rey fijó el dia solemne en que debia celebrarse el regio enlace. Las campanas anunciaron á todo vuelo que la hermosa jóven muda, la hija de la selva, iba á ser la soberana del más hermoso reino del mundo.

El gran sacerdote, siempre hostil, seguia murmurando al oído del rey palabras de desconfianza; pero, no penetraban hasta el corazón del príncipe. Llegó el dia del enlace y hubo una magnífica fiesta. El gran sacerdote colocó la corona en las sienes de la nueva reina, y como estaba disgustado, se la hundió mucho para lastimarla. Pero Elisa sintió apenas este dolor; su corazón era el oprimido por el pesar,

no sabiendo lo que habia sido de sus hermanos.



El rey hacia todo lo posible, y la otorgaba las más

delicadas atenciones para distraerla de su tristeza; Elisa acabó por notarlo y le dió las gracias con dulces miradas de gratitud; le amaba más cada dia. ¡ Cuánto habria deseado poder confiarse á él y contarle su pena y su martirio !

Pero, ní una palabra debia salir de sus labios, ó bien sus hermanos estaban perdidos. Debia permanecer muda y acabar su obra sin proferir siquiera una exclamacion.

Por la noche se levantaba y se deslizaba al cuartito que se parecia á la gruta y allí continuaba su trabajo. Adelantaba mucho; habia terminado ya seis túnicas; pero en el momento de comenzar la sétima, notó que se le iba á acabar el cáñamo.

Era imposible volver á la gruta. El hada le habia dicho que las ortigas que brotaban en las tumbas podian servir tambien; pero tenia que arrancarlas ella misma; ¿ cómo conseguirlo ?

« ¿ Qué es, se dijo, el dolor y la quemazon de mis manos, en comparacion de la angustia que tortura mi corazon? No puedo resistir más; todo debo arriesgarlo por llevar á cabo mi empresa. El Señor no me privará de su proteccion. »

Inquieta y temblorosa como si fuese á cometer una mala accion, bajó al parque en una noche clara; lo cruzó y siguiendo las calles mas solitarias y extraviadas llegó hasta el cementerio.

Á la entrada vió danzando una zarabanda infernal, una compañía de brujas que, desprendiéndose luego de sus trajes, abrieron una tumba con sus largos y delgados dedos, sacaron el cadáver y echándose sobre él con diabólica rabia, se pusieron á devorarlo. Elisa se habia detenido, embargada por el espanto; pero apremiaba el tiempo y pasó al lado de las horribles brujas, que la miraron con ojos incandescentes. Su valor no cedió. Sin dejar de orar interiormente, recogió cuantas ortigas halló y regresó furtivamente á palacio.

Pero, álguien la habia visto; su enemigo, el gran sacerdote, que durante la noche observaba los astros. « Tenía razon, se dijo con aire de triunfo, es una hechicera, con maleficios ha seducido al rey, á la corte y á todo el pueblo. »

Fué á contar al rey lo que habia descubierto. Dos lágrimas corrieron por las mejillas del príncipe; al fin la duda habia penetrado en su corazon. Por la noche fingió que dormia; vió á la reina levantarse con dulzura y de puntillas, entrar en la estancia verde. Al otro dia pasó lo mismo. El rey no podia ya disimular sus sospechas; su rostro se tornó huraño y sombrío. Elisa lo notó, sin adivinar el motivo; fué un nuevo manantial de temor y de inquietud; cuando pasaba con sus ricos atavíos delante de las damas de la corte; estas envidiaban secretamente su suerte; pero tan luego estaba sola, abundantes lágrimas corrian de sus ojos.

II

La esperanza de terminar en breve su obra la sostenía. No quedaba más que una túnica que tejer, pero no tenía más cáñamo, ni ortigas. Era de todo punto necesario ir al cementerio y afrontar de nuevo á las asquerosas brujas. No vaciló; tenía plena confianza en el Sumo Hacedor.

Por segunda vez salió del palacio la noche; el rey y el gran sacerdote la siguieron, la vieron penetrar en el cementerio y dirigirse hácia las espantosas brujas que devoraban un cadáver. El rey no miró más; se sintió herido en el corazón é imaginó que Elisa, la dulce jóven que tanto amaba, era una de aquellas horribles brujas.

En su furiosa cólera, reunió los jueces de su corte, y les comunicó lo que habia visto. Condenaron á la reina á morir en la hoguera.

De sus ricas habitaciones la llevaron á un calabozo húmedo y sombrío; el viento entraba por los angostos

barrotes que cerraban la ventana. Por irrisión la habían dado como lecho el paquete de ortigas que había traído del cementerio, y como cobertor las túnicas que había tejido ¡ cuántas gracias dió al Todopoderoso por haber inspirado esta idea á sus guardianes!

Continuó su trabajo, orando sin cesar. Los pilluelos de la ciudad se reunieron luego y cantaron palabras ultrajantes contra ella; nadie fué á consolarla.

Héte que al anochecer, oyó ruido de alas contra la ventana del calabozo: era el más jóven de sus hermanos. Había acabado por descubrir en dónde se hallaba; en su júbilo, Elisa estuvo á pique de lanzar un ¡ ay!, pero lo sofocó ántes de proferirlo.

¿Qué la importaba ahora saber que debía morir al día siguiente? Habría acabado su obra y sus hermanos estarían allí para que pudiese libertarlos de su funesto encanto.

El gran sacerdote fué á visitarla, como lo había prometido al rey, para tratar de que se arrepintiese. Á todo lo que dijo, ella meneó la cabeza y le indicó con una señal que deseaba permanecer sola. La prometió que si quería confesar su crimen, le harían gracia de la vida. Elisa guardó silencio y tuvo un movimiento de impaciencia. Quería que la dejase para poder proseguir su trabajo; si no lo terminaba aquella noche, en vano habría sufrido y sus hermanos quedarían sujetos á su encanto.

El gran sacerdote acabó por marcharse, después de haberla dirigido las más duras palabras. No se ofendió, sabiendo que era inocente, y continuó su trabajo.

Si los hombres la abandonaban, á lo ménos las ratas llegaron en su ayuda, llevándola los filamentos de ortiga que habia sacado, y un ruiseñor se colocó en la ventana y cantó toda la noche sus más sentidas endechas, para distraerla y darla valor.

Al alba, ántes de salir el sol, se oyó llamar á la puerta del palacio : eran los once príncipes que pedían ser presentados al rey al momento. El portero respondió que era imposible que no se podía despertar á Su Majestad. Insistieron, suplicaron, amenazaron, siguieron dando golpes, y al ruido llegó la guardia. El rey que, carcomido por el pesar, no dormía desde la noche del cementerio, acabó por salir y preguntar qué pasaba. En este momento salió el primer rayo de sol ; los príncipes desaparecieron y se vieron once cisnes salvajes que se elevaron por encima del palacio.

El pueblo comenzaba á afluir al lugar de la ejecución ; todo el mundo quería ver arder á la hechicera. Llegó Elisa en una mala carreta tirada por un caballo moribundo. La reina estaba vestida con un túnico de cañamazo ; sus magníficos cabellos colgaban al rededor de su rostro que conservaba toda su

belleza ; sólo sus mejillas poseían una densa palidez. No era por miedo de la muerte, sino por la angustia de saber si podría terminar la última túnica. Seguía trabajando en ella y oraba interiormente con todo el fervor de su corazón amante. La habían querido quitar las otras diez, pero se había arrojado á los pies del calabocero y le había mirado con tanta dulzura y aire suplicante, que no pudo negarla esta última gracia.

El populacho comenzó á injuriarla. « Esa es la infame bruja, gritaba. Murmura algunas palabras mágicas. Sin duda prepara algún encanto. ¿ Cómo la han dejado las manos libres ? Tal vez, gracias á sus maleficios, conseguirá salvarse ántes de llegar á la hoguera. Vamos, ¡ descuarticémosla ! »

Y detuvieron la carreta ; iban á rasgar las túnicas, cuando llegaron con estruendo once hermosos cisnes que la rodearon y comenzaron á distribuir picotazos y aletazos á derecha é izquierda. El gentío, asustado, retrocedió.

« Es una señal del cielo, murmuraban los que tenían el corazón sensible. Seguramente es inocente. »

Pero, no se atrevieron á decir su idea en alta voz.

Elisa había bajado de la carreta, y el verdugo se disponía á cogerla por la mano para subirla á la hoguera. Los cisnes la rodean de nuevo ; de prisa,

les echa las túnicas encima, y al instante aparecen once príncipes encantadores; sólo el más jóven habia conservado en el brazo algunas plumas; faltaban á su túnica dos ó tres mallas.

« Ahora me es dado hablar, exclamó Elisa. ¡ Soy inocente ! »

El pueblo, vuelto en sí de su estupor, se arrodilló ante ella como si fuese una santa. Pero la pobre princesa cayó desvanecida en brazos de sus hermanos; la ansiedad, el pesar y la alegría se habian sucedido con demasiada rapidez en su alma.

Una vez cumplido su deber, no habia podido resistir á la emocion.

« Sí, es inocente, » dijo el mayor de los hermanos, y refirió todo lo que habia sucedido. Mientras hablaba, un perfume delicioso se esparcia en los aires; todos los troncos de leña dispuestos para quemar á la jóven, habian ¡ oh milagro ! echado raíces y se veian cubiertos de hojas y flores. Eran admirables rosas encarnadas y blancas, y en lo alto, una flor desconocida que fulguraba como una estrella.

El rey, que habia acudido trasportado de júbilo, la cogió y la puso en el pecho de Elisa. La princesa se reanimó en este momento y sus miradas, yendo de sus hermanos al príncipe, probaban que se sentia recompensada por todo lo que habia sufrido.

En los templos, las campanas tocaron solas. Llegaron á miles las aves canoras, y entonaron una deliciosa sinfonía. Y todos regresaron á palacio, en procesion, para celebrar de nuevo las bodas con más lujo y regocijos que hubo la primera vez.





BAJO EL SAUCE

Las cercanías de la pequeña ciudad de Kjoegé, en Seeland, son muy desnudas; está situada á orillas del mar, y aunque el mar es una hermosa cosa, la playa de Kjoegé podria ser mucho mejor de lo que es. Al rededor de la ciudad se extiende un llano pelado, sin un árbol, y largo es el camino ántes de llegar al bosque más cercano.

Sin embargo, cuando se ha nacido en un país y se le tiene apego, se descubre siempre en él alguna cosa que nos parece encantadora y que, andando el tiempo, se desea volver á ver aunque se habite en las regiones más deliciosas.

Y en Kjoegé hay, en efecto, en la punta de la ciu-



dad, á lo largo del arroyo que va á linar en el mar,

algunos jardincillos donde en verano con tal de poner un poco de su parte, puede uno creerse en el paraíso.

Esto se imaginaban dos niños de la vecindad que jugaban allí despues de haberse escurrido entre los groselleros que separaban los jardincillos de sus padres. En el uno habia un saúco, en el otro un sauce. Bajo este árbol es donde mejor estaban los niños. Les habian permitido estar bajo el sauce, aunque se hallase muy cerca del arroyo y que hubiesen podido caerse al agua; pero, el ojo de Dios vigila á los niños y sobre ellos vela.

Ademas, los dos niños tenian mucho cuidado con el agua. El niño tenía tanto miedo al agua que, durante el verano, en la playa, no habia medio de decidirle á entrar en el mar en el que tanto les gusta á los niños bañarse. Se burlaban de él, y tenía que soportar las burlas con paciencia. Pero Juana, su compañera, soñó una vez que bogaba en una barca y que él, (se llamaba Kund) adelantaba hácia ella; y el agua le subió hasta el cuello, luego por encima de la cabeza, y acabó por desaparecer. Desde que Kund supo este sueño no soportó las burlas de los otros niños. Habia ido al agua, y Juana le habia visto en sueños. En realidad no se aventuró nunca, pero estaba orgulloso de lo que habia hecho en el sueño de su amiga.

Sus padres, que eran pobres, se veían á menudo. Kund y Juana jugaban con frecuencia en los jardines y en la carretera, que estaba plantada con dos hileras de sauces. Los árboles tenían mala cara con sus copas peladas; pero la verdad es que no estaban allí para vista, sino por provecho. El sauce secular del jardincillo era más hermoso, y sus largas ramas formaban un emparrado en el que los dos niños se introducían con placer.

En la ciudad hay una plaza grande donde se efectúa el mercado. En los días de feria se veían largas calles formadas por tiendas y barracas llenas de cintas, juguetes y todo lo que es posible imaginar. El gentío era numeroso. Entre las tiendas había una de turrón, y lo mejor del cuento es que el mercader de turrónes se hospedaba, durante la feria, en casa de los padres de Kund. Este cogía de vez en cuando algún pedazo de turrón, y como era natural, Juana recibía su parte.

Pero lo que es tal vez más seductor es que el turrónero sabía toda clase de cuentos, hasta sobre sus turrónes y almendrados. Una noche, contó una historia que produjo tan profunda impresión en los niños que nunca la olvidaron. Conviene pues que la oigáis, tanto más cuanto que es corta.

« Tenía en mi tienda, dijo el turrónero, dos figuras que había hecho con pasta de almendrado; era la

una un hombre con sombrero, y la otra una dama sin él. Tan sólo por un lado tenían figura humana, no habia que mirarlas del otro, cosa que sucede tambien con los hombres, cuyo revés no es prudente observar. El hombre tenía á la izquierda una almendra amarga, que era su corazon. La jóven era



toda ella de miel. Servian de modelos en el escaparate de mi tienda, y permanecieron allí tanto tiempo que acabaron por amarse. Pero nada se dijeron, y era preciso que se dijese algo si querian que su ternura tuviese algun resultado.

» Segun ella, á él le tocaba pronunciar la primera palabra puesto que era un hombre. Se habria con-

tentado con saber si correspondia á su cariño.

» Las ideas del hombre eran más vastas como lo son de ordinario las del sexo varonil. Pensaba que era un chico de los que pasaban y que poseia cuatro cuartos para comprar á la jóven y comérsela.

» Pasaron dias y dias en mi tienda, y á la larga se secaron. La jóven que tenía ideas de mujer hecha, dijo : « Bastante feliz soy de haber permanecido tanto tiempo á su lado. » Y se abrió en dos y murió. « Si hubiese conocido mi afecto, dijo el otro, habria podido soportar la existencia. » Esta es la historia y estos son los héroes, dijo el turroneo enseñando los muñecos. Son dos personajes y prueban que el amor platónico no conduce nunca á nada. Tomad, os los regalo. »

Dió á Juana el hombre entero, y Kund recibió á la señorita en dos pedazos. Pero los niños estaban tan conmovidos que no se atrevieron á comérselos.

Los llevaron al dia siguiente al cementerio. Se sentaron junto a la iglesia, pusieron los dos muñecos en una hornacina, entre la hiedra que en invierno como en verano tapiza las paredes del templo y relataron á los otros niños la historia del amor platónico que es como un cero á la izquierda.

Mucho gustó el cuento ; pero, cuando quisieron mirar de nuevo á la infelice pareja, la señorita ha-

bia desaparecido; un muchacho se la habia zampado entre pecho y espalda. Kund y Juana lloraron mucho, y sin duda para no dejar solo en el mundo al héroe, se le comieron tambien; pero nunca olvidaron la historia.

Siguieron jugando bajo el saúco y bajo el sauce. La niña cantaba canciones con argentina voz. Kund no tenía voz, pero sabía de memoria los versos, y algo es algo. Los vecinos de Kjoegé, hasta la quinallera que habia habitado en la capital, se paraban para oír cantar á Juana.

« Esta niña, decia la dama, tiene una voz verdaderamente deliciosa. »

Dias felices eran estos, pero no duraron. Las dos familias se separaron. La madre de Juana murió, y su padre fué á casarse de nuevo en la capital donde, segun le habian dicho, podria ganar su subsistencia, siendo ordinario en una buena casa, empleo lucrativo que le prometian. El dia de la partida los niños rompieron á sollozar y prometieron escribirse á lo ménos una vez al año.



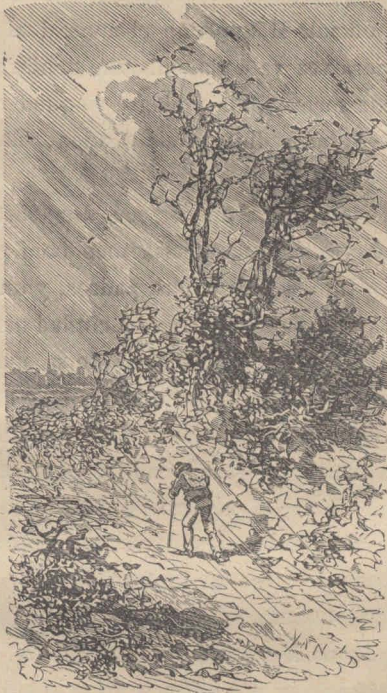
II

Kund fué colocado como aprendiz en casa de un zapatero, siendo ya grandecito. Entónces fué conûrmado. ¡ Cuánto habria deseado aquel dia estar en Copenhague al lado de Juanita! Nunca habia visto la capital que sólo se hallaba á cinco millas de distancia. Cuándo el tiempo era claro, Kund veia, allende el golfo, las torres de Copenhague, y el dia de su confirmacion distinguió hasta la cruz dorada de la iglesia de Nuestra Señora.

¿ Pensaba Juana aun en él ? Sí ; al acercarse la Navidad, llegó una carta de su padre anunciando que prosperaban y que Juana, en particular, podia esperar un gran porvenir á causa de su hermosa voz. Tenía ya un empleo en la ópera y ganaba algun dinero. Ella enviaba un escudo á sus antiguos vecinos de Kjoegé para que se divirtiesen la noche de Navidad. Les suplicaba bebiesen á su salud ; esto lo habia añadido ella en una posdata, y esta línea más:

« Mis afectuosos recuerdos á Kund. »

Toda la familia lloró de alegría al recibo de esta carta. Juana habia ocupado de continuo el ánimo



de Kund, y ahora veia que Juana se acordaba tambien de él. Cuando más se acercaba la época en que debia acabar su aprendizaje, más evidente le parecia que Juana debia ser su esposa. Á esta idea

se sonreía, se animaba, y tanto que un día se traspasó el dedo con la lezna. Se decía que no se quedaría mudo, á buen seguro, y que la historia de los muñecos del turroneiro le serviría de lección.

Ya es oficial. Hételo con el morral al hombro. Por primera vez va á Copenhague donde está ajustado. ¡ Qué sorprendida y alegre se quedará Juana ! Ella tiene ahora diez y siete años, él, diez y nueve.

Quería comprarla en Kjoegé una sortija, pero reflexionó que las encontraría más bonitas en Copenhague. Dijo á Dios á sus padres, y un día lluvioso del otoño salió á pié de su ciudad natal. Llegó calado á la capital y fué á casa de su maestro.

El primer domingo se puso su traje de fiesta y un sombrero que le sentaba muy bien y se fué á ver al padre de Juana. Comenzó á subir escaleras y creyó que iba á darle el vértigo. Consideraba, no sin espanto, como están las personas empigorotadas unas encima de otras en la terrible capital.

En la habitacion, todo respiraba comodidad ; el padre de Juana le recibió amistosamente. Su nueva esposa no conocía á Kund ; le ofreció empero una mano y una buena taza de café.

« Juana se alegrará mucho de verte, dijo el padre. Eres un lindo mozo. Vas á verla. Es una hija que me da suma satisfaccion y me dará más auu,

con la ayuda de Dios. Tiene ahí un cuarto para ella sola, y ella paga el alquiler.»

El buen hombre llamó y entraron. Todo era encantador en aquel cuartito. Kund pensó que nada mejor podía haber en palacio; había alfombras, cortinas, un sillón de terciopelo, flores y cuadros, y un espejo tan grande como una puerta.

Kund vió esto sin verlo, pues solo tenía ojos para Juana que se hallaba delante de él. Estaba muy cambiada, más hermosa de lo que Kund creía. Tenía un aire distinguido é imponente. Pasada la primera sorpresa se arrojó en brazos del jóven, y si no le besó la faltó poco.

Mucho se alegraba de ver á su amigo de infancia y tenía los ojos inundados de lágrimas. Le hizo mil preguntas. Se informó de la salud de sus padres, de los árboles, el *tio Sauce* y el *tio Saúco*, como llamaban á los árboles bajo los que jugaban, como si fuesen seres animados. «Y bien mirado, ¿por qué no tendrían vida, dijo Juana. puesto que en aquel tiempo se animaban hasta los muñecos de miel, segun un cuento que me viene á la memoria?» Juana se acordaba muy bien de la historia y se rió á carcajadas. En cuanto á Kund se puso encendido, sintió su corazón latir con violencia y se dijo: «Felizmente no se ha vuelto altiva.»

Ella fué tambien, y él lo notó, quien hizo que

sus padres le convidasen á pasar con ellos la velada. Más tarde Juana leyó, y creyó Kund que el libro hablaba de su amor, tanto se armonizaban las ideas del autor con las suyas. Cantó luego una cancion muy sencilla, pero Kund la tomó por un poema en el que se desarrollaba todo el corazon de la jóven. Era seguro que amaba á Kund; el jóven lloró á esta idea. No sabía proferir una palabra, le parecia que entontecia; empero, ella le estrechó la mano y le dijo: « Tienes buen corazon, Kund; no cambies. »

Velada sin igual fué esta, que no dejó á Kund dormir en toda la noche.

Cuando se habia despedido, el padre de Juana le habia dicho: « Ya sabes dónde vivimos; espero que no dejarás pasar el invierno sin venirnos á ver. »

Kund creia pues que podia volver al otro domingo. Empero, terminado el trabajo salia y pasaba, sin saberlo, por la calle en que Juana vivia. Una vez vió dibujarse la sombra de la jóven en los visillos de la ventana. ¡ Qué momento tan delicioso! La maestra no estaba muy contenta con estas salidas nocturnas. El maestro se sonreia y decia: « Es un jóven, son cosas de sus pocos años. »

« El domingo nos veremos, pensaba Kund, y la diré que la amo y que debe ser mi esposa. Soy oficial

de zapatero, pero seré maestro, trabajaré lo necesario. Sí, la hablaré con franqueza. El amor platónico no conduce á nada. Acaso, ¿no lo sé por los muñecos?»



Llegó el domingo y se presentó Kund; pero todos sus amigos estaban convidados á comer. Juana prometió á Kund enviarle un billete para el teatro el miércoles próximo, dia en que ella cantaba.

El miércoles recibió en efecto el billete. Kund fué al teatro y vió á Juana. ¡ Qué graciosa era ! La casaban con un extranjero, es cierto, pero era un casamiento fingido. Todo el mundo aplaudia. Sí, hasta el rey sonreía á Juana, manifestándola el placer que su canto le procuraba. Kund se sentia muy poca cosa. « Pero, me ama, la amo yo, se decia, y el amor lo iguala todo. Sin embargo, el hombre debe pronunciar la primera palabra. ¡ La historia de los muñecos lo dice ! »

El domingo siguiente fué á casa de sus amigos. Juana estaba sola, lo que era un detalle favorable.

« Has hecho bien en venir, dijo ; queria enviarte á mi padre, pero tenía el presentimiento de verte. Tengo que decirte que el viérnes me voy á Francia ; es necesario para que sea una buena actriz. »

Kund creyó que el techo se le caía encima. Su corazón iba á romperse en mil pedazos. No lloró, pero se veía cuál era su pesar.

« ¡ Fiel muchacho ! » dijo Juana. Esto desató la lengua de Kund. Le dijo cuánto la amaba, pero ella palideció desde la primera palabra. Le soltó la mano y dijo con tono afligido : « No te hagas desgraciado, Kund, y no me hagas desgraciada. Seré siempre para ti una buena hermana en la que puedes confiar, pero nada más. Dios nos da fuerzas para vencer las cosas difíciles con tal que tengamo voluntad y valor. »

En este momento entró en el cuarto la madrastra :

« Kund está fuera de sí, dijo Juana, porque me voy de viaje. ¡ Sé un hombre! » Al hablar así mentía, dando á entender que sólo habian hablado del viaje. « Eres un niño, continuó ; es preciso que seas bueno y razonable como en otro tiempo, bajo el sauce. »

Kund no sabía lo que le pasaba. Juana cantó pero no resonaba su voz como otra vez. Luego, se separaron. Kund no presentó su mano á Juana. Esta lo comprendió y dijo : « Darás la mano á tu hermana, al dejarla, mi buen compañero de infancia. » Y le sonreia al traves de las lágrimas que bañaban sus mejillas y le llamó de nuevo *hermano*. Buen consuelo era este. Tal fué la despedida.



III

Juana se embarcó para Francia. Todos los días, Kund paseaba largas horas por las calles de Copenhague. Los otros oficiales del taller trataron de distraerle y le llevaron á un baile. Muchas jóvenes habia allí, pero ninguna como Juana.

« Dios nos da fuerzas, habia dicho, con tal que tengamos voluntad y valor. » Recordaba esta palabra y le inspiraba sentimientos de piedad. Las jóvenes bailaron una zarabanda y Kund se estremeció. Se hallaba en un sitio al que no habria llevado á Juana, y sin embargo la joven estaba allí, pues la llevaba él en su corazón. Corrió y pasó por la calle en que habia vivido. Todo estaba sombrío y desierto.

Llegó el invierno y las aguas se helaron. Pero, cuando volvió el verano y el primer buque de vapor se puso en marcha, Kund sintió el deseo de viajar, lejos, muy lejos.

Cerró su saco y se fué á recorrer la Alemania, de

ciudad en ciudad, sin pararse en ninguna parte. Sólo cuando llegó á la antigua ciudad de Nuremberg se decidió á fijarse en ella.

Nuremberg es una ciudad singular que parece una

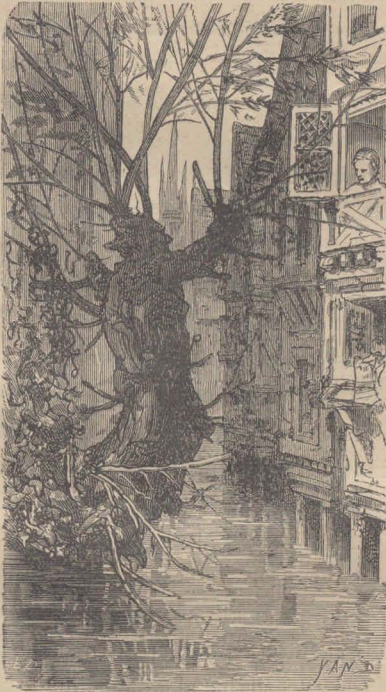


lámina recortada en algun cronicon iluminado. Las calles se extienden como sierpes; las casas aborrecen la línea recta y todo son torreoncillos y campaniles;

en las paredes, cargadas de extrañas esculturas hay grandes estatuas.

Kund se detuvo en la plaza del mercado junto á una fuente de bronce adornada con estatuas de personajes bíblicos é históricos ; una criada tomaba agua, y como Kund tenía sed, le dió de beber y le regaló ademas una rosa de un ramillete que llevaba en la mano. Esto pareció al jóven señal de buen agüero.

Oyó el sonido de un órgano que le recordó su país. Entró en la iglesia, oró, y la paz y la serenidad llenaron su corazón.

Los antiguos fosos que rodean la ciudad están convertidos en huertos ; pero las altas murallas siguen de pié. El camino cubierto existe aun. En las grietas de las murallas los saúcos crecen adelantando sus ramas por encima de las casitas bajas pegadas á las fortificaciones. En una de estas casitas habitaba el nuevo maestro de Kund, y un hermoso saúco alargaba sus ramas hasta la buhardilla en que el jóven habitaba.

Kund permaneció allí un invierno ; pero cuando floreció el saúco, no pudo resistir más. Aquel saúco florido le recordaba el del jardincillo de Kjoegé, y dejó á este maestro para buscar otro en el interior de la ciudad, donde no hubiese árbol alguno. El nuevo taller se hallaba cerca de un puente que pa-

saba sobre un arroyuelo ; no habia allí saúcos, pero se alzaba un sauce que echaba sus raíces en la casa, y cuyas ramas mojaban en el agua, como el del jardin de Kjoegé.

Kund no pudo permanecer allí tampoco. ¿ Por qué ? Preguntádselo al sauce, preguntádselo al saúco en flor.

Se despidió de su maestro y dejó la ciudad. Á nadie hablaba de Juana. Guardaba su pesar en el fondo de su pecho. La historia de los muñecos le pasaba á veces por la mente, y comprendia mejor que nunca su profundo sentido. Sabía por qué el muñeco tenía en el lado izquierdo una almendra amarga. El corazon de Kund estaba tambien lleno de amargura. Al contrario Juana siempre tan dulce y afectuosa, ¿ no era toda de miel como la heroína del cuento ?

Pensando en esto se sintió el pecho oprimido. Creyó que le apretaba la correa de su morral, pero de nada le sirvió el aflojarla. Vivía en dos mundos : uno el exterior, otro el que llevaba en su pecho ; es en el que moraba con más frecuencia.

Sólo al ver las altas montañas, su espíritu se fijó en las cosas exteriores. Eran los Alpes que le parecieron las alas plegadas de la tierra. Cruzó un país que le pareció un magnífico huerto. Desde los balcones, las jóvenes que rastrillaban el cáñamo, le

saludaban, y él respondía á los saludos, pero sin añadir ninguna palabra alegre como los mozos de su edad.

Cuando vió los lagos de verdosas aguas se acordó del mar que lame la playa en que habia nacido y la bahía profunda de Kjoegé. La melancolía invadió su alma, pero aquello no era ya dolor.

Vió el Rhin precipitarse de lo alto de una roca en millones de gotas y pensó en el espumante arroyo de Kjoegé. El recuerdo del lugar de su nacimiento le perseguía por doquiera. Pasó las cimas nevadas en que florecen las rosas de los Alpes y llegó á campos cubiertos de maíz, de entrelazadas viñas. Móntes escarpados le separaban del sitio en que tanto habia sufrido. « Y era bueno que fuese así, » se decia Kund.



Delante de él se veía una magnífica ciudad que los habitantes llamaban : « Milano ». Encontró en ella un maestro alemán que le dió trabajo. Era el maestro bueno y viejo, y vieja y buena la maestra. Los dos viejos cobraron cariño al oficial que trabajó tanto como hablaba poco, y vivía honrada y cristianamente.

Parecía á Kund que Dios había libertado su cuerpo del peso que le oprimía. Su mayor placer era subir al Duomo, cuyo mármol blanco era como la nieve de su país. Subía entre torreoncillos puntiagudos, campaniles y arcadas ; encima, el cielo, á sus piés la ciudad, y más allá, la inmensa llanura de la Lombardía cerrada por la cordillera de montañas. Pensaba en la iglesia de Kjoegé, que no admitía comparación con la de Milan ; no quería volver allí ; quería ser enterrado aquí, detras de las montañas.

Hacía un año que estaba en Milan y tres que ha-

bia salido de su patria. Un dia, para distraerlo, su maestro le llevó al teatro de la Ópera. Era mucho más hermoso aquel teatro que el de Copenhague; pero en el de Copenhague se hallaba Juana.

Estaba tambien en este Si tal, se habria dicho cosa de encantamiento. Se levantó el telon y Juana se presentó cubierta de piedras preciosas sobre una túnica de seda, con una corona de oro en la cabeza. Cantó como sólo saben cantar los ángeles del cielo. Adelantó al proscenio y sonrió como sólo Juana sabía sonreir. Miraba precisamente á Kund. El pobre jóven cogió una mano de su maestro y gritó : « ¡Juana! » Pero, sólo le oyó el viejo, pues la música sofocó su voz. Y el maestro respondió : « Sí, así se llama, Juana » Y sacando un prospecto impreso, se lo enseñó.

El público estaba entusiasmado; la escena se veia cubierta de coronas y ramilletes, y cada vez que la actriz desaparecia, el público la llamaba y era preciso que volviese á salir para saludar y dar las gracias.

Á la salida, el público quitó los caballos de su carruaje y tiró de él. Kund estaba en primera fila. Cuando llegaron á la casa donde se hospedaba Juana, se puso al lado de la portezuela, y al bajar la jóven que sonreia á todo el mundo, la miró fijamente. Ella tambien le miró, pero sin reconocerlo.

Un hombre que llevaba en el pecho una placa de brillantes se acercó y la ofreció su brazo.

« Es su futuro esposo, » decían entre la gente.

Kund volvió á su casa y preparó su morral. Era de todo punto necesario que volviese á su patria, al lado del sauce, al lado del saúco. Bajo el sauce, en una hora, un hombre puede repasar en sueños toda su vida.

Su maestro le suplicó que no partiera, pero nada le convenció. Le hicieron observar que se acercaba el invierno, que ya nevaba en las montañas. « Los carros, respondió, deben abrirse un paso, y en las rodadas que dejan sabré encontrar mi camino. »



Con el morral á la espalda y el palo en la mano se fué á las montañas. Las subió y las bajó. Sus fuerzas disminuían y no veía aun aldea, ni casa. En el fondo veía estrellas como encima de su cabeza; le parecía que el cielo había llegado hasta la tierra. Estaba enfermo, sus piernas vacilaban. Las estrellas del fondo del valle eran una aldea. Cuando Kund lo reconoció, reunió sus últimas fuerzas y consiguió llegar á una modesta posada, donde permaneció aquella noche y el día siguiente, pues tenía necesidad de reposo y de cuidados. Deshelaba y llovía en el valle. Por la mañana un hombre se presentó con una gaita y ejecutó una pieza que recordaba una canción danesa. Kund no pudo permanecer más allí y se puso en marcha, como si temiese que todo el mundo hubiese muerto en Kjoegé antes de que él llegase.

Á nadie hablaba de lo que así le impulsaba. Nadie

sospechaba la causa de su pesar, que era, sin embargo, el más profundo que pueda experimentar un hombre. Semejante dolor no interesa á nadie, ni aun á vuestros amigos, dado caso de tenerlos, que Kund no los tenía.

Por la noche heló de nuevo. El país era llano. En la carretera se alzaba un gran sauce. Todo tenía un



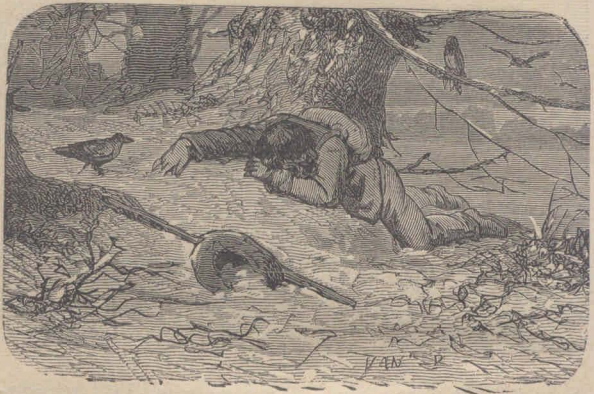
aspecto que recordaba á Kund su país. Se sentó debajo del árbol; estaba muy cansado, reclinó la cabeza y sus ojos se cerraron para el sueño.

Esto no le impidió notar que el sauce bajaba sus ramas para cubrirle. El árbol le pareció un poderoso anciano. Era, en efecto, el árbol secular, el *tio Sauce*, que le llevó en sus brazos á su patria, á Kjoegé. Sí, era el *tio Sauce* que habia recorrido el mundo en

busca de su Kund, que le habia encontrado, y le llevaba al jardincillo donde estaba Juana, con su corona de oro en la cabeza, que le decia : « ¡ Bienvenido seas ! »

Tambien habia dos figuras singulares delante de él. Las conocia desde su infancia. Eran los dos muñecos del cuento.

« Te damos las gracias, le dijeron, por habernos



enseñado que cuando la gente se ama es preciso que se lo diga. Ahora estamos prometidos. » Fué con Juana y los muñecos à la iglesia, donde el cura les echó la bendicion. Juana lloraba, pues el hielo de su corazon se derretia al contacto del ardoroso corazon de Kund. Despertóse este entónces y se halló bajo el añoso sauce, en suelo extranjero, en una fria noche

de invierno. Las nubes arrojaban un granizo que le azotaba el rostro.

« Esta hora ha sido la más feliz de mi vida, se dijo, y era un sueño. ¡ Dios mio, dejadme volver à soñar así ! » Cerró los ojos, se durmió y soñó.

Al amanecer cayó nieve, que el viento amontonó sobre él. Kund seguia durmiendo. Los vecinos de las aldeas cercanas pasaron y vieron un cuerpo tendido en la linde de la carretera. Era un oficial de zapatero. Se habia muerto de frio, bajo el sauce.





LA MARGARITA

Fuera de la ciudad, en el campo y cerca de la carretera hay una quinta que has visto, sin duda alguna. Delante hay un jardín lleno de flores que rodea una verja pintada, luego, sigue un foso en el que brota un césped verde y en medio del césped una planta de margaritas.

El sol lucia encima y le prodigaba sus tibios rayos lo mismo que á las magníficas plantas raras del

jardin ; así es que crecía de hora en hora. Una mañana se abrió ; las hojitas de un blanco brillante se extendían como rayos en torno del pequeño sol amarillo claro que formaba el corazón de la florecilla. No notó que nadie reparaba en ella y que era una pobre flor despreciada ; no, se alegró francamente de la existencia, y se volvió con gratitud hácia el sol, escuchando con emoción la alondra que cantaba en los aires.

La margarita estaba tan contenta como si hubiese sido aquel un día de fiesta ; empero, no era más que un lánés. Todos los niños estaban en la escuela. Miéntras ellos, en sus bancos, aprendían sus lecciones, ella aprendía á conocer, por el sol y la naturaleza, la bondad de Dios ; toda cuanta gratitud sentía su corazón sin poder manifestarla, la expresaba la alondra con su bonito canto. La florecilla miraba con una especie de veneración al bien dotado pajarito ; no sentía envidia por no saber cantar como él. « Veo y oigo, se dijo ; me calienta el sol y me acaricia suavement la brisa : cuántas criaturas hay que tienen un destino tan feliz ! »

Del otro lado de la verja habían una infinidad de flores distinguidas que estaban muy tiesas ; cuanto ménos perfume tenían, más altivas se mostraban. Las peonías se inflaban todo lo que podían para ser mayores que las rosas ; però no es el tamaño lo que

constituye el encanto. Los tulipanes reucian con los más brillantes colores; lo sabian y se erguian como palos para que los viesen. No dirigieron ni una mirada á la margarita, que los contemplaba con respeto y pensaba : « ¡ Cómo fulguran, qué ricos y variados tonos! De seguro vuela hácia ellos el hermoso pájaro que veo bajar de las nubes. ¡ Alabado sea Dios por haberme colocado á su lado! Así podré admirar á mi sabor al lindo cantante. » Y en efecto, la alondra descendia, con repetidos : *¡ quirevit quirevit!* Pero no se detuvo ni en las peonías, ni en los tulipanes, no; saltó la verja, y dando saltitos, dió una vuelta al rededor de la pobre margarita. Esta, henchida de gozo, no sabía qué pensar.

El pajarillo seguia saltando con saltos alegres y cantaba : « ¡ Qué fresce está la yerba! ¡ Qué deliciosa florecilla, corazon de oro y corona de plata! » Imposible sería describir el encanto de la margarita, y llegó al colmo cuando la alondra, acariciándola con su pico, le cantó una série de *quierevit*, deliciosamente modulados.

Luego, tomó su vuelo, sin haberse detenido al lado de ninguna otra flor.

Pasó un cuarto de hora ántes de que la confundida margarita volviese en sí de su gozo. Luego, con su contento interior, miró las flores del jardin que habian presenciado el honor que le habian hecho.

Los tulipanes estaban más desdeñosos que ántes; se habian afilado sus pétalos y tenian anchas manchas purpúreas: es que los consumia la cólera porque los hubiesen pospuesto á una florecilla sin valor. Las peonías seguian inflándose, lo que era un modo de manifestar su mal humor.

La pobre margarita comprendió que sus vecinas



estaban muy encolerizadas y esto la contrarió mucho. Héte que llega una jóven armada con una podadera reluciente, corta los tulipanes y se va con ellos. « ¡ Es terrible ! dijo la margarita. Ser segada así en la primavera de la vida ! Soy muy dichosa de vivir aquí, oculta en la yerba y de no tener ninguna reputacion

En esto el sol se puso; la florecilla plegó sus pétalos, se durmió y soñó toda la noche con el pajarillo. Al día siguiente, cuando abrió de nuevo sus péta-



los blancos, reconoció la voz del pajarillo; pero, ¡qué melancólico era su canto! Es que la pobre alondra había sido apresada y puesta en una jaula, á la ventana. Cantó con tristeza, diciendo como antes.

cruzaba el aire como una flecha y jugueteaba en los verdes prados. ¡Qué cambio tan cruel!

La linda margarita habria querido auxiliar al pajarillo á quien debia el momento más dulce de su vida. No puso atencion en lo templado del tiempo, ni en la alegría que reinaba en toda la naturaleza. Sólo



pensaba en aliviar el pesar de la pobre prisionera; pero no hallaba modo, y se desconsolaba.

De pronto, dos muchachos salieron del jardin; uno tenía un cuchillo tan afilado como la podadera que habia cortado los tulipanes la víspera. Se acercaron á la margarita que no podia comprender lo que querian.

« Mira, aquí hay un bonito césped que voy á arrancar para dárselo á la alondra, » dijo uno.

Y se puso á cortar la tierra, en cuadro, al rededor de la margarita que permaneció en medio.

« Arranca esa flor, » dijo el otro muchacho. Y la margarita tembló de angustia, no tanto por perder la vida, sino porque entevia y perdía á un tiempo la posibilidad de llegar hasta la prisionera.

« No, déjala, dijo el primer muchacho, está muy bien ahí. » Y la margarita fué colocada, con el césped, en la jaula de la alondra.

El pobre pájaro daba pitidos plañideros y batía las alas contra los alambres de su cárcel. La margarita sintió la envidia por vez primera; envidió á las criaturas que hablan: ¡habría deseado tanto consolar á la desgraciada cautiva!

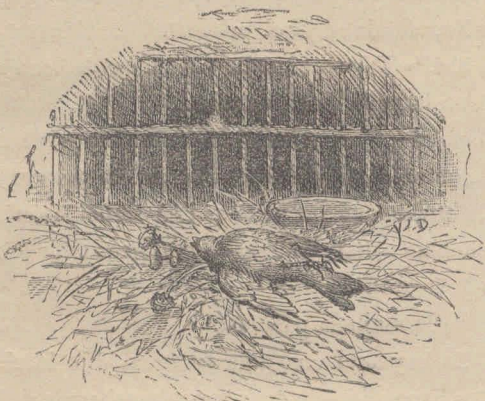
Toda la mañana pasó así.

« No hay aquí una gota de agua, dijo la alondra. Todos han salido sin acordarse de echarme de beber. Tengo la garganta abrasada y tiemblo. ¡Qué pesado es el aire! Acaso debo morir, abandonar la hermosa naturaleza, el fresco follage, el resplandor del sol? »

Metió su pico en el cespced que habia conservado alguna humedad; esto la alivió un poco. Sus miradas cayeron sobre la margarita y la hizo una señal con la cabeza y la acarició: « Tú tambien vas á secarte

en este calabozo, ¡Pobre florecita! Por mi causa mueres. Te han metido aquí, con ese césped para que hagas las veces de ese campo inmenso en que me movia á mí antojo.

— ¡ Por qué no puedo endulzar su pena: » pensaba la margarita. Pero todo lo que pudo hacer fué acrecer el aroma penetrante y delicato que despidе



su corola. La alondra lo notó, y aunque, en su desesperacion, arrancase con rabia la yerba, no tocó á la flor.

Llegó la noche y nadie pareció con un poco de agua. Al fin el pájaro sacudió sus alitas que se agitaron convulsivamente; su canto era un triste *pio-pio*. Dejó caer su cabecita sobre la flor y murió de pena y de sed.

La margarita no pudo plegar sus pétalos y dormir. Se inclinaba hácia la tierra agostada y mustia.

Sólo por la mañana del siguiente dia vinieron los muchachos y derramaron abundantes lágrimas cuando vieron exánime el cuerpo de su víctima. Luego abrieron en el jardin un hoyo que adornaron con flores. El cuerpo de la alondra fué metido en una caja de palisandro forrada de seda. Los funerales fueron espléndidos. Cuando el pajaro vivia, le dejaban abandonado; ahora que estaba muerto, le lloraban y le enterraban con pompa.

El césped y la margarita fueron á parar á la polvorienta carretera; nadie tuvo atenciones para la florecilla, la dulce amiga de la alondra, que gustosa habria dado su vida por salvarla





LA MOSCA Y SU COMIDA

Ynesita se puso á observar una mañana, con mucha atencion, lo que hacía una mosca que estaba posada en el borde de una ventana en donde habia pasado la noche. Esta mosquita, que tenia unas alitas muy transparentes y ligeras, un cuerpo muy gordo, y una cabeza con dos ojos muy grandes, lo primero que hizo así que se despertó, fué ocuparse de la limpieza de su cuerpo, del aseo de su persona y de su vestido, como si dijéramos, que cuidó de lavarse, de peinarse, y de cepillarse.

Primero, empezó por sacudir el polvo de sus alitas, sirviéndose para ello, á manera de cepillo, de sus dos patas traseras, á cuyas extremidades tiene dos especies de esponjitas ó cepillitos que pasó y repasó muchas veces por las alas y por todo su cuerpo. L' ego, con las patas delanteras hizo otro tanto con su cara y cabeza, y concluido este cepilleo y limpieza, se frotó las patitas unas con otras para sacudir el polvo y demas átomos extraños que se hubiesen adherido á ellas al hacer la limpieza.

Concluido su *tocador*, pensó en que tenia que almorzar, se echó entónces á volar y se fué á posar sobre una mesa que empezó á recorrer buscando su almuerzo. En su carrera tropezó con una chinita, y sirviéndose de su trompa, ó como quien dice, alargando el hocico, ó sacando la lengua, empezó á recorrer la chinita con ella en todos sentidos. He dicho que sacó su trompa, por que, en efecto, todas las moscas sean de la especie que quieran, tienen un aguijon ó una trompa semejante á la de un elefante, sólo que no es tan gruesa, la cual es por decir así, la boca ó conducto por donde se alimentan, y que emplean tambien como arma ofensiva.

Al ver que no encontraba nada sustancial en la chinita : « ¡Bah! se dijo, esto no es bueno de comer, » y prosiguió su carrera. Un poco más adelante encontró un alfiler muy reluciente, y empezó á ha-

cer su reconocimiento por la cabeza, y al llegar á la punta, se picó con ella la nariz, lo cual le hizo exclamar : « Esto es peor que lo otro, » y se voló á otra parte de la mesa á donde habia una rendija ó hendidura en la madera. Allí se detuvo, y metiendo su trompa por aquella rendija, la reconoció diferentes veces, sin encontrar tampoco en el interior ningun comestible.

Despues de continuar su paseo por la mesa, en busca de su almuerzo, despues de haber reconocido un dedal, un ovillo de hilo y unas tijeras, llegó, al fin, al sitio en que acababa de desayunarse una niña, que habia dejado sobre la servilleta las mondaduras de una pera, y en el plato unas gotas de leche : « ¡Esto sí que es bueno! » se dijo la pobre mosca hambrienta, » y en seguida se puso á chupar con la trompa el jugo de la mondadura de la pera, y miéntras estaba regalándose, decia entre sí : « Si la cáscara de esta fruta es tan deliciosa ¿ cómo será la carne ? » y encarándose con la niña : « ¿ Quién ha hecho esto tan bueno ? le dijo, ¿ eres tú, hermosa niña ? » — Ynesita se echó á reir, al oir una pregunta semejante, y contestó : « Nó, mosquita, no soy yo quien ha hecho la pera, las manzanas y las demas frutas, sino Dios que es él que tambien me ha hecho á mí, y á tí y al sol que nos alumbrá, y al que tú te calientas Mira, tambien ha hecho las ove-

jititas que dan la leche que tú acabas de beber con tu trompa, y él es el que nos da la vida y nos sostiene. — Pues entónces, Dios debe ser un grande artifice que sabe hacer tantas cosas buenas, replicó la mosquita. — Sí, por cierto, le contestó Ynesita, Dios es omnipotente. »

La mosquita no respondió nada, y continuó su almuerzo, pasando alternativamente de la mondadura de la pera á las gotas de leche; y cuando se sintió su estómago satisfecho, se voló á otro lado de la mesa y se puso á hacer de nuevo su limpieza dándole á Ynesita que continuaba observándola un ejemplo de aseo.





ÍNDICE

	Página.
LOS CISNES SALVAJES.....	7
BAJO EL SAUCE.....	47
LA MARGARITA.....	73
LA MOSCA Y SU COMIDA.....	85

